

## MAS SOBRE EL COMIENZO DEL LIBRO III DE LAS «GEORGICAS» Y LA «ENEIDA»

No es obstáculo para un planteamiento de la postura auténtica de Virgilio respecto a Augusto el hecho de haberse dejado convencer por aquél para la sustitución del pasaje que en las *Geórgicas* se dedicaba al recuerdo de Galo por el episodio de Orfeo y Eurídice, si es cierto lo que sobre ello nos dice Servio. Es más, Paratore<sup>1</sup> nos hace entrever algunos defectos de Virgilio que no casan demasiado bien con lo que sólo por su obra debiéramos deducir. El exigir una identificación de la obra y la vida es muchas veces más de lo que la realidad nos da. No entramos en ello. Lo que ahora nos interesa es dejar subrayado *lo que él quiso* que pensáramos acerca de su obra o, por mejor decir, acentuar un punto que es capital en su posición artística. Nos referimos a los comienzos del libro III de las *Geórgicas*. Son versos que han llamado en general la atención como referidos a sus proyectos sobre la *Eneida*. El mismo Rostagni, buen conocedor del siglo de oro romano, los cita en este sentido<sup>2</sup>, pero, cosa curiosa, sólo a partir del verso 8. Por nuestra parte creemos que de toda esta introducción muy poco puede ser dejado sin comentario, principalmente hasta el verso 20. Nosotros haremos hincapié en los versos 3-8 y en el 19. Sería muy barato pensar sólo en un halago a Augusto. En realidad lo que hay es una posición vital y literaria que Virgilio pretende establecer;

<sup>1</sup> PARATORE *Storia della letteratura latina*, Florencia, 1950, 387 s.

<sup>2</sup> ROSTAGNI *La letteratura di Roma repubblicana ed Augustea*, Bologna, 1939, 308.

que, por lo demás, no está aislada y que casa perfectamente con su manera de ser, con las circunstancias históricas y con su afán de tentar un camino *qua me possim tollere humo victorque virum uolitare per ora* (Geórg. III 8-9).

No es fácil que los horrores de las guerras civiles y de las deportaciones no pudieran barrer los residuos de la bella época de Catulo. Heridos directamente por aquéllos se nos presentan Horacio y Virgilio; huyendo de sus recuerdos aparecen los elegíacos. Las fechas de nacimiento por sí solas explican mucho. Virgilio, que es el que ahora nos ocupa, ni aun en sus *Bucólicas* se sintió con derecho a navegar a velas abiertas a favor del viento de Venus. Su expresión al final de la segunda de ellas (*quisquis amores aut metuet dulcis aut experietur amarus*, 109-110) nos habla además de una profunda timidez ante el amor. Una timidez que pudiéramos considerar muy moderna. En su concepción del amor hay más imaginación (el antes y después) que presente, cuya intensidad y fugacidad le sobrecoge.

Posiblemente por este su natural temeroso pudo percibir más que ningún otro lo que lo nuevo significaba. Horacio, aun partiendo de los mismos principios, se afirma con mayor tenacidad en sí mismo; Virgilio, más arena en el desierto o paja en el vendaval, se siente penetrado por lo que a su alrededor pasa.

En Roma con la batalla de Accio ha sucedido algo grave que deja de ser episódico con los siguientes éxitos, más políticos que guerreros, de Augusto. La derrota del mundo tolemaico tuvo que ser algo más que una crisis política. Hay también una crisis literaria. Lo que la poesía alejandrina cantaba, tomando su principio en Eurípides, como afirma Rostagni<sup>3</sup>, respira indiferencia y escepticismo: «escepticismo e indiferencia radicado en el corazón de todos, de Asclepiades, de Calímaco, de Posidipo; arte voluptuoso de salones perfumados o de cómodas bibliotecas». Categóricamente termina: «muchos aspectos del alma eurípidea en su

<sup>3</sup> ROSTAGNI *I poeti alessandrini*, Turín, 1916, 41.

tendencia antiheroica, naturalística y elegíaca reviven en Teócrito».

Exactamente en una posición de resistencia a este punto es donde estamos en el comienzo del libro III de las *Geórgicas*. Hagamos un análisis de los distintos nombres allí recogidos. Todos ellos tienen un denominador común: la posición antiheroica, escéptica, de que nos habla Rostagni, tanto más señalada cuanto con la mención de tres de ellos queda ensombrecido un héroe y benefactor de la humanidad, Heracles, que ni siquiera es nombrado.

Veámoslos separadamente:

*Euristeo*, causante de los trabajos de Heracles, el héroe (v. 4). En su tratamiento por los autores helenísticos se llegó a pensar que fue el ἐρώμενος de Heracles, con lo que la motivación de las actividades de éste quedaba empequeñecida en una dirección degradante. Así Diotimo en su epepeya Ἡρακλεια ο Ἡρακλέους ἄθλα, donde Euristeo aparece como παιδικά de Heracles, por cuyo amor ejecutó sus ἄθλα (cf. Ateneo XIII 602 d s., Διότιμος δ' ἐν τῇ Ἡρακλείᾳ Εὐρυσθέα φησὶν Ἡρακλέους γενέσθαι παιδικά, διόπερ καὶ τοὺς ἄθλους ὑπομῆναι <sup>4</sup>).

*Busiris*, rey de Egipto que sacrificaba en honor de Júpiter a todos los extranjeros que llegaban a sus costas (v. 6). Desde los sofistas se suceden las alabanzas en su honor; hay incluso una Ἀπολογία Βουσίριδος de Isócrates (posiblemente Virgilio no la conocía, como parece indicar el uso del adjetivo *illaudati*, que incluso se ha pretendido hacer equivalente a *laudabilis* <sup>5</sup>). Con sus crímenes acabó precisamente Heracles a su vuelta del jardín de las Hespérides.

*Hilas*. Quizá sea este tema (v. 6) más interesante que los anteriores en cuanto fue caballo de batalla entre los partidarios de Apolonio de Rodas y Calímaco. En las *Ar-*

<sup>4</sup> Cf. también WILAMOWITZ en pág. 152 de *Lesefrüchte* (*Hermes* XL 1905, 116-153) y HILLER VON GAERTRINGEN s. v. *Eurystheus* (*Real-Enc.* VI 1907, 1354-1356).

<sup>5</sup> Cf. col. 1076, lins. 41-47 de HILLER VON GAERTRINGEN s. v. *Busiris* (*Real-Enc.* III 1897, 1073-1077).

*gonáuticas* de Apolonio, Heracles hace resonar los bosques con sus llamadas al desaparecido Hilas, raptado por las ninfas. Ante la inminencia de la marcha de los Argonautas, con los que Heracles ha de partir, deja éste encargados a los nativos de proseguir la búsqueda prometiendo una recompensa al que lo hallara. Solución un poco de compromiso, ni de héroe por encima del amor ni de ardiente enamorado: más bien algo así como expediente de hombre de negocios atareado, que encarga a su secretario de enviar flores a su amada. Contra ella lanzó Calímaco, su antiguo maestro y enemigo entonces, a su discípulo Teócrito, que en su epilio XIII nos presenta la renuncia de Heracles a su condición de héroe para quedar en la isla, en medio de la burla de sus compañeros, royendo su dolor de enamorado. Este final contrapuesto oficial e intencionadamente desde la escuela es el ortodoxamente alejandrino frente al cisma de Apolonio. *Creemos de especial interés, además, subrayar que este tema, aparte de por Nicandro, fue tratado también por Euforión.*

*Latonia Delos* (v. 6). Nos separamos en esta mención de la referencia al héroe Heracles. Sin embargo, en dos puntos nos hace pensar en una toma de posición literaria

a) por su alusión a Calímaco: la personificación se da de manera destacada en el bellissimo himno a Delos de este autor.

b) Hera, traicionada por Júpiter, encarna la rigidez moral frente a la comprensión que hacia el amor perseguido sienten las amables islas griegas.

Aun queda (v. 7) otra alusión que, aunque no relacionada con Heracles, implica, sin embargo, un tono similar: los amores de Hipodamía y Pélope, saturados de avatares y traiciones amorosas. Los pretendientes de Hipodamía son apartados innoblemente de la victoria por el padre de ella, Enómao. La belleza de Hipodamía, que acompañaba al competidor en su carro, distraía con sus insinuaciones a los corredores de la conquista del premio, que era su propia entrega en matrimonio. Los fracasados pretendientes eran

matados por Enómao y sus cabezas quedaban como trofeos en el templo de Posidón o de Ares. La misma victoria de Pélope se encuentra enmarañada por las más extrañas complicaciones eróticas. Hipodamía, sugestionada desde el primer momento por el amor de Pélope, jugó el papel de mediadora con el conductor de su padre, Mírtilo. Enamorado también éste de Hipodamía, se hizo asegurar, según una de las versiones, una noche con ella como precio de su traición al no poner clavos o ponerlos de cera en los ejes de las ruedas de su señor. Después, aún nos queda la falsedad de Pélope, que se negaba a pagar la recompensa, y todavía la impaciencia de Mírtilo; y, entre los que no admiten la vergüenza de este premio, la venganza de Hipodamía, rehusada en su capricho de seducir a Mírtilo, acusando a éste de haber querido forzarla. Todo ello, por tanto, en una cadena sin fin de laberínticas pasiones. *En el fondo permanece la sospecha de los amores de Enómao y su hija*, punto importante sobre el que después volveremos.

Si repasamos y sumamos el significado de las menciones enumeradas, nos encontraremos:

- a) con una clara posición antihéroe;
- b) con un predominio del amor.

Como contraprueba de esta preocupación por el héroe Heracles ha de señalarse el *lucos Molorchi* del verso 19: los campos en que se celebraban los juegos Nemeos en honor de Heracles. Molorco constituye la parte positiva en los personajes que rodean al héroe. Fue el pastor que hospedó a Heracles cuando se dirigía contra el león de Nemea. Quiso sacrificarle el único carnero, pero el héroe le pide que no lo haga hasta que haya vencido al león. En este caso se lo sacrificaría como *nuevo dios*; en caso contrario deberá sacrificarlo a sus Manes. Después de la victoria sobre el león cayó dormido, bien por cansancio, bien por animadversión de Hera. Se retrasó por ello de volver junto a Molorco, que a su llegada había ofrecido el carnero a los Manes. En compensación fueron fundados los juegos Nemeos.

Esta mención sirve de enlace *con la deificación* de Augusto, a la que alude el v. 16; el héroe real, incluso contemporáneo, frente al héroe legendario, en la línea marcadamente romana del *Bellum Punicum* o *Clastidium*, o de los *Annales* o de *Ambracia* de Ennio<sup>6</sup>. A todo el problema, pues, de la leyenda de Molorco y de la introducción de los juegos Nemeos enfrenta Virgilio su decidida resolución de poner a Augusto en medio del templo y de consagrar juegos en su honor en la tierra de Mantua, junto a las aguas del Mincio.

Todo esto parece claro, pero aún conviene reforzar su valor demostrativo con las expresiones peyorativas que acompañan a la enumeración de los versos iniciales: v. 3, *uacuas ... mentes*; v. 4, *uolgata*; vv. 4-5, *quis ... nescit?*; v. 6, *quoi non dictus...?*; y aún el *illaudati* del v. 5, al que ya hicimos referencia antes.

El adjetivo *uacuas* está incurso en la misma preocupación que sobre sí mismo nos recuerda Catulo (LI 13 ss.):

*Otium, Catulle, tibi molestumst:  
otio exsultas nimiumque gestis:  
otium et reges prius et beatas  
perdidit urbes.*

La poesía, en el momento de entregarse a los temas alejandrinos, ha dejado de ser apoyo y alimento de la gloria política y guerrera. Creemos de especial importancia señalar la colocación destacada de la palabra *uacuas*.

En cuanto a las otras tres expresiones (*uolgata... quis nescit?... quoi non dictus?...*) hemos de notar cómo se centran en el hecho de que la divulgación de estos temas los ha hecho vulgares. Son ya el campo trillado que no interesa a los selectos. Hay una saturación de temas alejandrinos, a los que no es de buen gusto someterse. A nuestro entender queda esta tendencia en íntima relación con el hastío que muestra Cicerón en *Tusc.* III 19, 45 al hablar

<sup>6</sup> Cf. ROSTAGNI o. c. (en n. 2) 100 s.

*de cantoribus Euphorionis* enfrentándolos a Ennio. Ya Rostagni, al referirse a este pasaje <sup>7</sup>, traduce «ripetitori di Euforione», porque, son sus palabras, «el joven Cornelio Galo, haciendo entonces junto a Virgilio sus primeras pruebas bajo la disciplina de los νεώτεροι, se había puesto a traducir o imitar los versos del más rebuscado y abstruso de los poetas alejandrinos: Euforión de Calcis». En nuestra opinión no se trata simplemente de repetir por traducción, sino de una repetición insistente y formularia de temas y expresiones. Creemos que puede avalarse esta idea con el pasaje de Cicerón, *De orat.* I 236 (*ita est tibi iuris consultus ipse per se nihil nisi leguleius quidam cautus et acutus, praeco actionum, cantor formularum, auceps syllabarum; sed quia saepe utitur orator subsidio iuris in causis, idcirco istam iuris scientiam eloquentiae tamquam ancillulam pedisequamque adiunxisti*) y aún, acentuando el sentido, con II 75 (*nec mihi opus est Graeco aliquo doctore, qui mihi peruolgata praecepta decantet, cum ipse numquam forum, numquam ullum iudicium aspexerit*), que podríamos reforzar con Horacio *Serm.* I 10, 19 (*nil praeter Caluom et doctus cantare Catullum*) y aun con *Carm.* I 33, 2-3 (*neu miserabilis decantes elegos*), como ya hemos indicado en nuestra comunicación al II Congreso de Estudios Clásicos. Los temas y las expresiones helenísticas se han convertido, a fuerza de repeticiones, en pan duro de retórica. Son ya fórmulas y recetas. De la misma manera que, según nos dice Wilamowitz <sup>8</sup>, la escuela aristárquica, principalmente Aristonico, usa ya el adverbio *κακλκῶς* para designar el empleo sin espíritu de frases formularias épicas, podemos pensar que en la época de Cicerón, Virgilio y Horacio esto ha sucedido igualmente con las expresiones alejandrinas y sobre todo con su temática; que no es ya de buen tono insistir, sobre todo después de Accio, en una demolición del héroe; que se puede enlazar, a través de Apolonio, con los Homéridas

<sup>7</sup> ROSTAGNI *ibid.* 184.

<sup>8</sup> WILAMOWITZ *Homerische Untersuchungen*, Berlín, 1884, 355.

y, a su calor, reavivar las cenizas de Ennio. El *uulgata*, el *quis nescit*, el *quoi non dictus*, es exactamente el correspondiente en Virgilio del *de cantoribus Euphorionis* de Cicerón en el sentido que confirma el pasaje aducido del *De oratore* y el *doctus cantare* de Horacio. Aunque es dudoso que la discutida expresión de Cicerón se refiera a Virgilio y a Galo, como pretende Rostagni<sup>9</sup>, no deja de ser curioso que el tema de Hilas fuera también tratado por Euforión, como arriba indicamos, con lo que la postura de Virgilio renunciando a precedentes helenísticos tiene una significación fundamental de cambio de giro, de la misma manera que lo fue en Cicerón, del que sabemos que en su juventud tradujo también poesías de Arato.

Hay, pues, tres pasos en el comienzo del libro III de las *Geórgicas*: a) abandono de la temática helenística; b) vuelta al héroe, pero c) al héroe romano real y presente, no legendario, en el tono de Ennio (el *uictor uirum uolitare per ora* del v. 9 alude directamente a este autor), al que enfrenta a la temática alejandrina de la misma manera que hacía Cicerón en el pasaje citado de las «*Tusculanas*» con los «*cantores Euphorionis*».

Este fue el propósito de Virgilio para la *Eneida*: que después no quedara su poema en esta forma y que la presencia de Augusto fuera por profecía, de la misma manera que la exaltación de Tolomeo en vv. 162 ss. del *Himno a Delos* de Calímaco, rompiendo con el *in medio mihi Caesar erit* del v. 16 del pasaje que nos ocupa, no es sino prueba del sentido poético de Virgilio. La grandeza de Augusto no fue tanto producto de su gloria guerrera como de su habilidad diplomática, y es muy difícil sostener un héroe diplomático.

Con todo, la posición literaria de Virgilio en el momento de entrever la concepción de la *Eneida* es terminante, y él mismo nos lo dice en el comienzo del libro tercero de las *Geórgicas*, precisamente en el que va a tratar de los desen-

<sup>9</sup> Cf. n. 7.

frenos del amor en la naturaleza, y lo dice no incidentalmente, sino a plena conciencia, con delectación. No sería gran despropósito considerar este prólogo como proclamación de un nuevo giro de la poesía, precisamente en oposición al *carmen* XCV de Catulo, exaltado por Rostagni<sup>10</sup> a la categoría de código de los *noui*: frente al desprecio por los *Annales* de Volusio, el recuerdo vivo, terminante de Ennio y sus *Annales*, con la frase de él tomada; frente a la mención del poema *Smyrna*, la amada de su propio padre, la relegación de los temas de erotismo desviado, entre los que cuenta el de Hipodamía, en cuyas relaciones con su padre Enómao se repite probablemente el tema de *Smyrna*.

Virgilio fue, por tanto, a la *Eneida* huyendo de los temas alejandrinos: el que rectificara su intención de deificar directamente a Augusto prueba que en el fondo de su postura no existían razones de imposición política, sino un propósito literario.

ANTONIO MAGARIÑOS

---

<sup>10</sup> ROSTAGNI *ibid.* 186.